
Los siete señores de la Guerra

Hernando Gaitán Linares

"Una conquista basada en la ambición y la avidez no se conserva más que al precio de incesantes victorias"

Marcel Brion



ATILA

El Arco Quebrado

Al mediar el siglo V de nuestra era, se desarrollaba en Etzelburg, en la llanura danubiana, una extraña ceremonia. Nobles y guerreros —mudos y silenciosos— rodeaban bajo brillante tienda de seda el cuerpo de un hombrecito amarillo que yacía reclinado sobre preciosos tapices, envuelto en pieles. "Sus puños cerrados conservaban la violencia de la conquista y de la dominación".

El rostro del hombrecillo tenía una vaga expresión de cólera, de resignación y tristeza.

"Esa misma noche, en Constantinopla en su palacio Real, un emperador se despertó sobresaltado y lanzó un tremendo alarido. Cuando acudieron sus oficiales les relató que había tenido un angustioso sueño. Había visto con espanto que un arco lo amenazaba, y que de pronto el arco se quebró en dos trozos y desapareció. Es un presagio de gran importancia para el Imperio, dijeron los oficiales. Ese sueño anuncia sin duda que ha muerto un temible enemigo de nuestro país, cuyo odio y avidez tendía sin cesar una flecha hacia Constantinopla... El emperador rezó una plegaria y volvió a dormirse".

El hombrecito que yacía rígido en Etzelburg seguiría viviendo en la memoria de las gentes por mucho tiempo. Los ministros y oficiales que rodeaban la tienda lloraban. Los guerreros que le acompañaron en su hazañosa vida se estrechaban en un vasto círculo. "Todos se revolían desolados con la inquietud del mar y se lamentaban con el ululante quejido del viento". De pronto se hizo el silencio y los poetas cantaron las alabanzas al rey acompañadas por el silbo de las flautas y el redoble de los tambores sus salmodias subían temblando, ante la horda muda, enumerando sus conquistas; los países que habían hollado sus plantas y los que voluntariamente le habían rendido homenaje.

A continuación celebraron la gloria de sus antepasados que los habían conducido a través del mundo hacia las fértiles llanuras de los pastos frescos.

El recuerdo, convertido en leyenda, llegaría luego a la edad media, cuando los torvos castillos coronaban las cadenas del Rin y los trovadores que recorrían los caminos con el encanto de sus canciones e historias franqueaban la entrada de aquellas formidables fortalezas, cuyas puertas eran más fuertes que los muros ante las embestidas del enemigo.

En aquel entonces, en torno al fuego acogedor, alimentado con grandes troncos, los señores feudales y sus amigos y vasallos escuchaban horas y horas los relatos de los trovadores. Las leyendas sobre una mítica raza germánica. —Los Nibelungos— era tema favorito de las canciones, así como las gloriosas hazañas de los dioses y de los héroes. Un juglar de aquella época, en el 1200, reunió aquellas canciones en un libro, que serviría de inspiración a muchas obras literarias famosas y en las que se basaron también algunas óperas de Wagner.

En ese libro "La canción de Los Nibelungos", desfilan los héroes de la epopeya nórdica y la bella Krimilda, hermana de Gunderth rey de los burgundios o borgoñones, que se casa con Etzel (Atila) Rey de los Hunos.

Es así, como por entre la urdimbre de las leyendas heroicas y a través de la gran epopeya germánica, nos hallamos frente a Atila, el rey muerto en Etzelburg en el año 453 de nuestra era.

La marejada de la Historia

El ocaso de un Imperio no es necesariamente el ocaso de una civilización. El imperio muere mientras que la civilización evoluciona por esa ley inexorable de la transformación a que están sujetos los seres y las cosas.

De oriente absorbieron griegos y romanos los fundamentos esenciales de una cultura milenaria que abarcó casi todas las ciencias y las artes que se conocen en el mundo contemporáneo. Este aporte magnífico que irradiaron los focos culturales de la India, China, Mesopotamia, Persia, el Egipto y otros lugares de Asia. Constituiría la profunda y fecunda raíz que nutriría con su savia el movimiento helenístico que habría de expandirse hasta los últimos lugares del mundo conocido, partiendo de Grecia, para alimentar a la Roma pagana, y para qué esta aventara a su turno, tan rica simiente hacia los 4 puntos cardinales.

Lo único que no podía aportar Oriente porque el sería patrimonio de Europa, fue el pensamiento occidental con que se ha beneficiado el mundo. Esta ideología, engendrada por la filosofía de los griegos, acabaría por ser la fuente viva que habría de alimentar de ahí en adelante, la imaginación de todos los tiempos por venir.

Y cuando los grandes días de Roma tocaron a su fin, otros —germanos, latinos, eslavos y americanos— recibirían el legado y perpetuarían el curso evolutivo e irrefrenable de las nuevas formas culturales que serán siempre incomparables, porque ellas se transforman y reencarnan en otras nuevas, bajo el influjo poderoso del hombre, que vive siempre en perpetua evolución por virtud de la "eterna renovación de la naturaleza y la eterna confluencia de los tiempos".

Ya antes del 400, pero evidentemente observable en esta época la nación que forjó los moldes del mundo que emergería de las viejas y decadentes estructuras en que había culminado el gran proceso histórico de la antigüedad, revelaba todos los síntomas de una mortal decadencia al final de su larga jornada.

Los resortes del mando que había ejercido con inponderable maestría pero con mano

dura, reposaban en manos de burócratas y resolutos, de eunucos intrigantes, de generales sin carácter, de aventureros, de obispos eréticos", de mercaderes rapaces y apátridas y de mujeres frívolas livianas. Pero con instinto de asombrosa vitalidad y espíritu de supervivencia, al resignar las riendas del mando en manos de jefes de hordas venidas de las distintas regiones del mundo, logró convertirse, por ser el centro hacía donde convergían las ambiciones políticas y las aspiraciones de todos los órdenes, en la sede del supremo jerarca de la iglesia que había surgido como consuelo y esperanza de los perseguidos y explotados por una férrea economía esclavista. Esta iglesia que por designio del Cristo bondadoso, edificara San Pedro, sería de hecho otro imperio, sin más armas que la fe de los angustiados y oprimidos a la deriva en la marejada arrolladora del desenfreno.

La plebe, que se había venido fortaleciendo al vaivén de los grandes acontecimientos que sacudieron la vida de la república y del imperio, ya sin ese control y respeto que le inspiraban las recias virtudes de los hombres públicos, de los egregios ciudadanos y de los heroicos legionarios rechonchos, de cabeza redonda, obstinados y codiciosos, pero fieles y obtusos como perros bien adiestrados, conspiraba contra todo lo estatuido, a la sombra del vicio, de la indiferencia, del odio y la envidia que le inspiraba una casta superior, que sólo se preocupaba por el sonoro deslizar de las monedas.

Mal defendida por gobernantes y tropas sin alma, en la primavera del año 405, las gentes de Roma esperaban presas del pánico, el resultado de una batalla que libraban sus escasos legionarios y los mercenarios extranjeros a sueldo, a riesgo de su propia seguridad, contra las huestes germánicas y eslabas del jefe bárbaro Radagaiso, antiguo lugarteniente de Alarico.

Es oportuno señalar que mucho antes de que hablara de la "Epoca de las invasiones" ya los llamados bárbaros se habían

venido infiltrando en territorio romano para taponar, según la versión romana, las brechas de las ruinosas fortificaciones y de los recintos amurallados que habían venido abandonando las legiones en rebeldía.

Varios emperadores de la decadencia no eran romanos, ni de nombre. El imperio subsistía con el concurso de germanos españoles, francos y godos latinizados, que acabarían por sentirse más romanos que los herederos de las viejas generaciones. Llegaría, sin embargo un momento, en que a pesar de este apoyo, nuevas oleadas de pueblos atropellarían sin mayor dificultad a los últimos contingentes que guardaban las fronteras, masas incontenibles, procedentes del este y del septentrión, desendían de sus caballos hacia el objeto de todos los rencores y todas las codicias.

Los hijos de la Estepa

Cerca de Florencia en el año 405 de nuestra era, el ejército romano apoyado por los godos y otros contingentes aliados logró derrotar a Radagaiso, gracias a una serie de tremendas y sucesivas cargas de caballería. El germano cayó de su caballo, fue hecho prisionero y decapitado.

Roma estalló de alegría por la victoria alcanzada y se apresto a recibir magníficamente a los vencedores. Estos desfilaron por la ciudad eterna bajo el arco del triunfo, guarnecido con trofeos, ramos de laurel flores e inscripciones heroicas, alusivas al éxito alcanzado. El pueblo al paso de los guerreros, lloraba de reconocimiento y alegría. Su generalísimo, el vándalo Estilicón, marchaba al frente del desfile, llevando a su diestra a Huldin, que con la frente baja y el gesto vestial, cabalgaba al frente de los jinetes Hunos. Estos hombres de a caballo eran pequeños, deformes y de aspecto salvaje, con rostro de color amarillo, chatos e imberbes. Sus armas eran igualmente extrañas y su lenguaje incomprensible. La creencia popular los hacía provenir de lejanas regiones, al otro extremo del mundo. Se contaban que las hechiceras arrojadas antiguamente de sus tierras por un Rey la-

mado Filimón, habían huido a los desiertos donde se habían unido con los demonios de las arenas y del viento.

De esta monstruosa unión había nacido un pueblo de seres repugnantes, temido por los emperadores del celeste imperio y por todos los que entraban en contacto con ellos. Su voz bronca y estridente, semejava el relinche de un caballo. Los chinos afirmaban que durante largo tiempo vivieron al borde del gran hielo, cuando la nieve aún cubría las altas cadenas montañosas y los últimos mares salados se secaban en el corazón del Asia.

Azotados por vientos helados y cortantes vivieron aislados de los centros civilizados. Pescaban y se vestían con pieles para precaverse del frío. Domesticaron a los animales de la región del norte, renos, ovejas y caballos. Pero cuando su población y sus ganados crecieron en mayor abundancia, abandonaron sus viviendas en busca de pastos; ambulaban en procura de caza y de pastoreo para sus animales domésticos. Algunos sin embargo permanecieron en los bosques vírgenes con sus rebaños de renos. Con el tiempo, constituirían el pueblo de los bosques. Los que se adentraron en las dilatadas llanuras de hierba, se albergaron en tiendas de fieltro y de ellos descenderían los hijos de la estepa. Sus pequeños pero resistentes caballos los llevarían velozmente por las grandes extensiones de las mesetas del Asia Central. Luego, se desplazaron en grandes carromatos con sus mujeres y sus hijos en busca de otros mundos.

El guerrero Huldin, el vencedor de Radagaiso, bajo las órdenes de Estilicón, había nacido de estos lejanos antepasados a orillas del Danubio. Pero sus hábitos y costumbres mantenían vivos los viejos instintos de su raza. Cuando una vez lo envió Roma a castigar al Rey bárbaro Gainas, lo venció fácilmente y envió al emperador su cabeza envuelta en una bolsa.

Los demás pueblos bárbaros que entraban en relación con ellos se horrorizaban de

sus prácticas salvajes. Siguiendo su tradición, se alimentaban con leche de yegua y comían carne cruda ablandada previamente entre los muslos y los ijares de sus caballos. Por su breve y cortante exclamación "iugn", los romanos los apellidaron "Hunos".

Nunca antes se había visto seres tan feos. Tenían largos brazos, ancho el torso y un rostro chato, en el cual los ojos estirados hacia las sienes, ponían un chispazo de astucia y de crueldad, su cráneo deformado desde la infancia por un aparato de tablas y de correas, se alargaba hacia atrás.

Eran imberbes porque solían trazar en sus mejillas profundos surcos destinados a impedir el crecimiento del vello. Vestidos con pieles y tocados también con gorras de piel, y calzados con carrehuelas de cuero, estos hombrucos de miradas socarronas y salvaje habían sembrado el terror en Europa y Asia.

Sin embargo ellos inspirarían la imaginación de los juglares, poetas y compositores germanos, que, como ya dijimos, les inmortalizaron en sus leyendas, como enanos poseedores de grandes riquezas subterráneas, que les serían arrebatadas por el héroe Sigifredo.

El Hijo de Mumzuk

Este nombre nada significaría, si no se tratara del padre de Atila, cuyas antepasados directos "Turda, Soemen, Eché, Opos, Cadicha, Brend, Sultán, Bulchú, Bolug, Zambor, Zamor, Reel, Levente, Kulche, Ompud, Miske, Mike y otros varios hasta llegar al pájaro "Astur", rey de todos los seres que vuelan, que llevaba una corona en la cabeza".

Sería por esta pureza de prosapia que la leyenda germánica, tan celosa de su raigambre aria, llegara hasta admitir y aceptar que los Nibelungos eran una rama mítica de sus antepasados?

Atila, nombre que significa "padrecito", era también el que se le daba al Volga, río al que su padre profesaba gran veneración. Se afirma que Atila, o como solía llamársele Atli o Etzel, en la lengua de los Hunos, quería decir hierro. Nació como casi todos los de su raza en una de las carretas de la Horda en cualquier lugar de la llanura danubiana.

Pero reanudando nuestra trunca relación anterior, cuando el jefe Huno Uldin — que decidió con su caballería la batalla en que los romanos vencieron a Radagaiso — fue recibido en las gradas del capitolio por el emperador Onorio rodeado de sus ministros, en medio de fanfarrias, movimiento de estandartes, grandes gestos de amistad y reconocimiento, laureles y discursos, sonreía burlescamente y con torpeza se balanceaba sobre sus piernas arqueadas, no sin tomar nota con sus ojillos oblicuos, que las miradas de las nobles damas se detenían en él con complacencia. A continuación, mientras escuchaba las arengas de los ancianos, apuraba a grandes sorbos las interrumpidas libaciones de vino que los grandes personajes depositaban en sus toscas manos.

Entre las muchas gentes que se hallaban en la recepción observó Huldin a un adolescente semejante a los de su raza, un niño cuya piel amarilla y ojos estirados denunciaban al mogol. Con deferencia se acercó a él afectuosamente, pero aquél se apartó con gesto de odio y disgusto. Desconcertado Huldin preguntó a un oficial quién era el niño y éste le respondió que Atila, hijo del difunto rey de los hunos Munzuk, aliado de los romanos.

Este casual encuentro con un miembro de su pueblo, le explicó el oficial, es consecuencia de la diplomacia y de sus alianzas, que prevén, que para mayor garantía de cumplimiento, se intercambien rehenes, miembros de las más distinguidas familias. En este caso, a cambio de Atila, un joven romano llamado Aecio, habitaba en la corte del rey Rúa, que había sido designado para

sucedere a su hermano Munzuk, muerto recientemente.

La política falaz del imperio se esforzaba por equilibrar con alianzas las fuerzas enemigas, para mantener así entre sus propios aliados, bastantes enemistades que impedirían que éstos se conjuraran contra ella.

Así fue, como por virtud del azar, ese espíritu misterioso que preside a los juegos de la historia, creó a los dos protagonistas del gran drama occidental: el jinete asiático, jefe de todas las hordas hunas, y el general romano de ascendencia vándala, a quien se apodaría un día "el último de los romanos".

En aquellos días, los dos, separados geográficamente, se hallaban sin embargo unidos en un destino inevitable, que les haría conocerse y admirarse mutuamente, aun cuando los acontecimientos los lanzaran un día, uno contra el otro.

En su transitorio confinamiento, ambos aprenderían a conocer los defectos y virtudes de los pueblos que habrían de combatir, sus rasgos esenciales y aquellos puntos débiles, susceptibles de ser aprovechados en una confrontación de fuerzas. Roma guardaba así en sus manos a los futuros reyes bárbaros, incorporándolos a su cultura y a sus futuros designios y suavizaba con su lujo anteriores asperezas. Pero algunos de ellos aprendían también a odiar y despreciar más al egresor, al descubrir sus tremendos vicios y el juego falaz de su política dominadora. Los jóvenes romanos que residían como rehenes en las cortes de los reyes bárbaros, aportaban a su patria valiosos informes para montar una política objetiva y realista. Y el dinero y los ricos presentes que pagaban a cambio de alianzas y servicios que ella designaba como sueldos o subsidios, y que los bárbaros se fueron acostumbrando a llamarlos tributos.

La población latina estaba satisfecha de verse reemplazada por mercenarios en las tareas militares, porque se veía así librada

de servicios penosos, de expediciones coloniales y de vigilancia en las fronteras. Ya nada impedía que pudieran dedicarse libremente al comercio y a la industria. Con estas prácticas las tradicionales legiones se vieron invadidas por una extraña mezcla de razas. Roma descansaba su seguridad en las cohortes germánicas, ibéricas, escandinavas y asiáticas.

Atila, transportado de la llanura danubiana a Roma, no pudo ser domesticado como los hijos de los monarcas europeos. Deambulaba como una bestia prisionera por las estancias y salones de los palacios. Se ahogaba en estos salones perfumados. Su mente solía sumergirse en el recuerdo de la carreta real, en el palacio de madera a la orilla del río, en las tiendas de cuero, en el cielo infinitamente abierto y en las tierras planas, olorosas a hierba. Aprendió el arte de callar, en apariencia sometido; miraba a su alrededor y escuchaba cada palabra que salía de labios de los cortesanos. Sorprendía las intrigas de la corte, las dificultades de la política extranjera, la escasez de dinero, el mal estado de la flota y la debilidad del Ejército.

Un plan fríamente concebido se iba almacenando en su imaginación: no habría soldados hunos a sueldo en el ejército imperial; recobraría la unidad de su pueblo; lo instruiría en el arte de la guerra; después aplastaría a Roma y a Bizancio; conquistaría a Persia y a la India y derribaría la Gran Muralla que detuvo a sus antepasados cuando se regaron por las grandes extensiones asiáticas.

Sacó ventaja de su admirable virtud oriental: la paciencia. Supo esperar hasta cuando llegase el momento oportuno de regresar al Danubio y reincorporarse a su pueblo.

Cuando logro cristalizar esta aspiración, continuaba siendo el huno auténtico que se internaba en las praderas con los jinetes de la horda, persiguiendo a las bestias salvajes, conduciendo las tropillas de caba-

llos y las manadas de animales domésticos.

Pero su permanencia en la corte romana había desarrollado en él sus condiciones innatas de político sagaz y de hábil conecedor de las personas y de las multitudes. En él estaban siempre latentes el espíritu de mando y la autoridad de su realeza. Competía con sus compañeros en el manejo de las armas, en la doma de potros y en el empleo de la fuerza física.

Al otro lado de las fronteras, Aecio—que había sido rehén como él—sabía que se aproximaba su hora, al comprender que el imperio se ahogaba en las manos torpes de eunucos intrigantes, de débiles gobernantes y de ambiciosos y rapaces palaciegos. En los tres años que permaneció en la corte del rey godó Alarico y en el palacio de madera de los hunos, en la capital danubiana, trabó amistad con los principales caudillos de sus futuros enemigos. Conoció al joven Atila de su misma edad, y que como él, estaba enterado de los vicios y debilidades del Imperio Romano. Aun cuando sería, por causa de sus virtudes militares y de su lealtad a su patria adoptiva, víctima del odio de los intrigantes y del desafecto de los monarcas, siempre estuvo dispuesto a luchar y a sucumbir por la gloria y el triunfo de la ingrata Roma.

El Rey de los Hunos

Los embajadores bizantinos que por primera vez conocieron a Atila—como gobernante—no lo olvidarían jamás y la posteridad sabría de él, gracias a las noticias que ellos le transmitieron, así como el famoso "Diario de Priscos", que describe al monarca, tal como ha pasado a la historia. Sus primeras impresiones llevan al ánimo del lector los sentimientos que hacia esta alta personalidad mantenían sus guerreros y su guardia personal: "Al fin hoy veremos al célebre bárbaro. Acabamos de llegar a la cima de una colina, desde donde se descubre una vasta llanura cubierta de tiendas y de carretas. Vamos a instalarnos aquí para

reposar durante unas horas antes de realizar nuestra misión... Apenas hubimos descargado nuestros bagajes, un grupo de jinetes se precipitó hacia nosotros con gritos y gestos amenazadores... su indignación se debía a que habíamos levantado nuestras tiendas en un lugar elevado, mientras el rey se encuentra en la llanura...'

Según ellos, los recibió en actitud desobediente, muy simplemente vestido con una chaqueta de piel negra y tocado con un gorro negro metido hasta los ojos. A primera vista les pareció pequeño, pero enérgico y vigoroso. A su lado se encontraban algunos jinetes, entre ellos un germano de nombre Orestes, que se cubría con un casco de hierro y que estaba armado con una espada; un griego, vestido a la moda hunna, que se llamaba Onégesis; dos pequeños mogoles, parecidos a osos pelados, envueltos en pieles preciosas, que se llamaban Esla y Scotta. Un coloso de cara aplastada y de expresión embrutecida, que era su hermano mayor Bleda, con quien compartía el mando. Por doquier se veía la llanura salpicada de infinidad de carretas, y el humo de las chimeneas que oscurecía la tarde.

Sobre sus cabalgaduras los embajadores escuchaban la voz de Atila que se expresaba en un latín sin gracia, pero que era muy clara al dictar sus condiciones: Constantinopla retiraría todo apoyo a las tropas danubianas de hunos rebeldes y a los desertores romanos presentes en el territorio del imperio. Todos estos últimos debían ser extraditados. En cuanto a los romanos prisioneros, que se habían evadido de su campamento, le serían devueltos o se pagaría por cada uno de ellos ocho piezas de oro. El "tributo anual" de 330 libras que le pagaba Bizancio, sería aumentado a 700 libras de oro.

Constantinopla no debía hacer la guerra a ninguno de los aliados o amigos de Atila. Las demás cláusulas concernían a fronteras y no parecieron tan exageradas a los diplomáticos.

Sin escuchar las explicaciones y respuestas de los asombrados embajadores, tajantemente les hizo saber, que todo sería inútil por cuanto ya había decidido y expuesto sus condiciones. Solamente debían contestar sí o no. Al final, su voz se iba alternando por momentos. Había en este hombrecillo rechoncho, a juicio de los enviados, una expresión de nobleza salvaje, que imponía respeto y temor. Trataron de dialogar, invocando algunas razones, pero nuevamente la voz rotunda del rey les intimó que eligieran "La paz o la guerra".

Cansados por el largo viaje y poco acostumbrados a las cabalgatas, lucían, mientras se celebraba el diálogo, una figura tan mediocre, que los hunos sonreían despectivamente al mirarlos la traza, cada vez que los animales se impacientaban por la cercanía de una tropilla de yeguas que galopaban en las cercanías con las crines al viento. Atila, grave pero irónico, se divirtió bastante. Dando muestras de impaciencia esperaba la respuesta de los bizantinos, que no tardó en producirse. Los escribas ya habían preparado y redactado el acuerdo. Los mensajeros, extremados e inermes ante los guerreros que los rodeaban, aplicaron sus sellos en Margus, a orillas del Morawa, el año 434 de nuestra era.

A su regreso a Constantinopla, los embajadores relataron al emperador cómo había sido la entrevista y las humillaciones a que fueron sometidos. Cuando éste montó en cólera, agregaron que, con aquél hombre diabólico, vestido con groseras pieles e imponente desde su cabalgadura, era necesario responder de inmediato, sí o no. El ingenuo emperador, que no había medido el alcance de las condiciones, lo que realmente le indignaba era el desacato a su dignidad cometido por un jefecito bárbaro.

Una vez que la noticia del pacto y la cólera del emperador de Constantinopla fueron conocidas en Roma, el General Aecio, pero — no los palaciegos ni tampoco el emperador — se inquietó de inmediato. Para él eran transparentes los proyectos secre-

tos de Atila. El párrafo que prohibía a Bizancio tomar las armas para ayudar a los enemigos de los hunos, permitiría a su rey, vencer sucesivamente y sin dificultades a todos los pequeños pueblos que opusieran obstáculos a su política, sin que pudiera auxiliárseles. Pero el punto que más lo inquietaba era el referente al divorcio de Constantinopla de los ejércitos hunos que habían estado a su servicio, lo mismo que la entrega de los tránsfugas hunos. Esto implicaba que en lo sucesivo ningún hombre de esta raza podía depender de potencia alguna, sino exclusivamente de su propio gobierno. Para Roma y Bizancio representaba la amenazante unificación de un pueblo que dispondría de un poderoso ejército, que antes constituía la más valiosa unidad del ejército imperial.

Todas sus presunciones habían sido ya confirmadas por Atila, que en presencia de los embajadores, había ordenado la ejecución de los dos primeros desertores que habían llegado a sus manos.

Atila, después de la firma del pacto, procedió a adoptar sus medidas con la velocidad del rayo. Ordenó la concentración de todos sus efectivos disponibles. Convocó a sus principales aliados: Ardarico, Rey de los gótipos y Teodorico el Grande, Rey de los Ostrogodos, a quien había confiado una importante función.

Ya con anterioridad al acuerdo, para proteger su retaguardia, había doblegado todo conato de resistencia en los pueblos hunos del Asia. También había celebrado un pacto de paz con la China, después de intercambio de valiosos obsequios.

En Europa, todos los pueblos hunos del Danubio, de Rusia y vecinos de los países bálticos habían sido sometidos a una férrea disciplina y obediencia.

Cada día nuevos contingentes llegados del Asia, reforzaban su ejército. Esta multitud de hombres se movía en las orillas del Danubio y en la selva Hercinia. El sueño de Atila se proyectaba muy lejos. La conquista

de occidente no sería más que una etapa. La caída del Imperio Romano le proporcionaría el dinero necesario para someter a Persia, a la India y a la China. Luego aplastaría a Genérico en el África, y después de haber sometido a su férula toda la cuenca del mediterráneo y todo el Continente del mar de la China a las columnas de Hércules, se convertiría en el amo del mundo entero.

Este sueño que había exaltado su imaginación de niño y que había modelado en los años oscuros de su juventud, lo proyectaba ahora sobre la masa plástica de las naciones, lo imponía al mundo conocido.

Con la tenacidad incansable del oriental, iba a realizarlo etapa tras etapa, pues apenas andaba en los cuarenta años y unía al entusiasmo de su ideal juvenil, el genio de su espíritu político, la experiencia de su espera silenciosa.

En su mente cautelosa había previsto atacar primero a Constantinopla, pero sus amenazas encontraron una respuesta altiva del nuevo emperador, el panonio Marciano, quien le envió una misiva diciéndole que en vez de tributos anuales le procuraría hierro. Como esta alusión directa a la guerra provenía de un soldado enérgico y resuelto, cambió de idea y se aprestó a atacar a los romanos.

Para Atila la guerra siempre había sido una solución que no encajaba dentro de sus planes de conquista. No ignoraba que Marciano ya había sido probado en muchas batallas y que un pequeño ejército mandado por un general intrépido es siempre más temible que una multitud sin jefe. A este propósito, Napoleón, un genio de la guerra, decía en su época, "que más vale un ejército de corderos mandados por un león, que un ejército de leones mandado por un cordero".

Atila, hasta el momento, había aplicado más la ciencia del temor y del horror que la lucha en campo abierto. Sabiendo, más que nadie, que los pastos eran indispensable y definitivo aliado de un ejército de

jinetes, había hecho propalar a los cuatro vientos, que por donde pasaban sus caballos no volvía a crecer la hierba.

El año 450 terminó en una gran incertidumbre para los europeos. Los romanos dirigidos por Aecio se preparaban activamente para la defensa, concentrando sus tropas reparando las defensas de las fronteras y las murallas de las ciudades.

En enero del año 451, contingentes del ejército de Atila, fueron vistos en el Rin.

El decisivo juego de la muerte

La presencia de los hunos en las riberas del Rin hizo pensar a las gentes que el final del Imperio estaba muy cercano. Fatídicos augurios precedían el avance de los bárbaros. En el mundo romano todo parecía resquebrajarse. La opresión ejercida sobre las distintas regiones sometidas se había hecho intolerable y por doquier se respiraba un aire de independencia y rebelión. La situación económica había desbordado los cálculos más aventurados. Una hambruna galopante azotaba a las clases menos favorecidas. Presagios siniestros sembraban el terror y la cosecha del miedo estaba próxima a recogerse. Los cronistas de entonces registraron que los cometas atravesaban el cielo con deslumbrante fulgor; que por el rostro de las estatuas corrían lágrimas y que a veces en las desiertas iglesias se escuchaba el sonido de voces sobrenaturales que anunciaban la llegada del anticristo, del "azote de Dios". Estallaban truenos en el cielo azul y se percibía el choque de armas en las nubes. Se rumoraba que los espectros de los antiguos emperadores frecuentaban los lugares sagrados. Algo misterioso y terrible flotaba sobre campos y aldeas. Se imploraba a los santos y por las calles se vieron en procesión los viejos dioses lares y penates que se habían mantenido ocultos para escapar del Dios de los cristianos. Algo siniestro parecía transitar por las grandes vías que llevaban a Roma. Hasta

las gentes más sensatas comenzaron a creer en los extraños rumores.

Desde antes de su llegada, las gentes creían escuchar el ruido que causaba un inmenso ejército de jinetes en marcha.

Este por fin apareció a la vista de los últimos destacamentos fronterizos que se replegaban buscando la protección de los recintos amurallados. Una multitud innumerable de campesinos se dirigía a las ciudades conduciendo sus bienes y animales.

Una masa de jinetes acompañaba al rey de los hunos. A la visión imaginaria sucedió la imagen real, como si aquella se hubiera materializado. Su marcha incontenible producía el rumor terrible del mar contra los acantilados. Gritos y cantos salvajes, dominaban a veces el ruido de rodar de los carros y el galopar de los caballos. Se percibía un fragor de armas y la nota grave producida por las cuerdas de los arcos, que vibraban. Un insoportable olor de cuero, de grasa y de sudor emergía de estos jinetes vestidos de pieles, que no se podía cortar. Había—según cálculos—de quinientos mil a seiscientos mil hombres en la horda que pasaba con un trote rápido a través de los campos y bosques. En ella se veían germanos blancos y rubios de talla gigantesca y eslavos vestidos de cuero, armados de hachas y de largas lanzas; pero, sobre todo, mogoles de rostros amarillos, tropas selectas proporcionadas por los hunos y sus aliados asiáticos.

Este ejército, de jinetes en su mayor parte, estaba compuesto por las tropas más rápidas, más aguerridas, que jamás ningún Rey hubiera comandado. Todos los dialectos se mezclaban en sus filas y en pintoresco cuadro se codeaban todas las costumbres y todas las armas. La horda ruda, cruel, dócil a la voluntad del amo, remontaba a lo largo del Danubio, rumbo al norte.

Una sola voluntad era la que presidía esta marcha y sus ambiciosos propósitos. Una sola era la aspiración de acabar con un

dominio y una dura sujeción de varios siglos. Era dudoso, sin embargo, que en el curso de esta empresa, en los azares de una larga contienda, pudiera conservar su unidad, plegarse a una decisión, a una disciplina y a un mando unificado.

Frente a esta marea arrolladora y a la indomable voluntad de su conductor, los romanos opusieron la nueva concepción estructural de las legiones y los nuevos principios ideados por el estratega Vegetio, descubierto por Valentiniano el joven, ya en las postrimerías del imperio. Esta nueva técnica lograría superar con creces el brillante pasado de las legiones, más, nunca sus virtudes. Con todo, ya para finalizar su misión histórica, Roma, presa de la anarquía y de la corrupción, logró enfrentar a Atila, un escaso pero efectivo contingente de soldados romanos, apoyado por la magnífica caballería de sus aliados los bárbaros.

La composición de la moderna legión, era a la vez sólida y elástica, variada y homogénea. No tenía más que un espíritu y un método de combate. Ella, en realidad, constituía un ejército entero. Comprendía soldados pesadamente armados, soldados con lanzas, honderos y ballesteros. Disponía además, de un escuadrón de jinetes. La articulación fuerte y delicada de este organismo le permitía adaptarse inmediatamente a las necesidades y circunstancias imprevistas de la batalla. Ya se cerraba e imponía a los asaltos de los nómadas el caparazón de la tortuga, ya se extendía y lanzaba a sus jinetes contra las alas del agresor, en el momento en que éste atacaba el muro de hierro de los escudos. Llevaba también sus máquinas: 55 carros arrastrados por mulas y servidos por once soldados que lanzaban desde lejos sus venablos y apoyaban la resistencia; 10 onagros tirados cada uno por dos bueyes; equipos de pontoneros y talleres de carpinteros y herreros.

Al finalizar el mes de enero del 451, el mando romano se enteró de que el ejército de Atila, dejando Etzelburg, se había inter-

nado en los bosques. Pero, en breve careció de informes; un poco más tarde llegó a saber, que las divisiones de hunos con sus aliados, habían llegado al Rin.

Su aparición produjo de inmediato un colapso en el dispositivo imperial. Con la llegada de Atila los burgundos y los turíngios no opusieron resistencia a los invasores. Los francos del Neckar, dando muerte a su Rey marcharon junto a Atila. Este, que había experimentado algunas vacilaciones al enfrentar el Rin, porque todo se le había hecho hasta el momento demasiado fácil, ya no vaciló más y ordenó tender puentes de barcas en la región Angst y Coblenza. Su próximo avance lo situó frente a Treveris, que le abrió sus puertas. Por la entrada de la "Puerta Negra" el caudillo desfiló majestuosamente al frente de su guardia, lugar por donde solían hacerlo las legiones y que hasta entonces había sido testimonio orgulloso y potente de la soberanía romana.

A su paso se iban replegando las guarniciones imperiales. Los nativos germanos comenzaron a ver en los hunos los salvadores esperados para romper la tiranía de Roma. Tanto a ellos como a los galos se les había notificado, que sólo contra los romanos avanzaban los hunos y que nada debían temer por sus bienes y vidas.

El caudillo Gunther trató de resistir pero sus huestes fueron aplastadas y el Rey Childerico fue hecho prisionero. Esta débil resistencia provocó la destrucción de Windisch, Spire y Maguncia. Luego fueron tomadas por asalto Basilea, Estrasburgo, Colmar, Vesanzón, Tongres y Arras. A continuación se desplegó el ejército vencedor sobre una inmensa extensión que iba desde el Jura hasta el océano.

En tres meses, pues ya comenzaba abril, había franqueado la distancia que separa el Danubio de la Lorena. En su ininterrumpido avance, bruscamente se halló frente a Metz. Bien provista de víveres, armas y soldados y encabezada por su valeroso obispo, resistió los embates de sus atacan-

tes, que optaron por continuar su marcha, pese a reconocer que dejaban a sus espaldas una ciudad incólume. Pocos días más tarde se enteró que un trozo de muralla se había venido a tierra como consecuencia de las embestidas hechas con pesados troncos en el curso del asedio. Regresó rápidamente y en la "Noche de Pascua" su ejército penetró por la brecha y aniquiló a todos los habitantes. A continuación le tocó el turno a Reims. La tomaron por asalto y dieron muerte al obispo y a sus soldados. Luego fueron arrasadas Laón y San Quintín. La horda se situó en unos días frente a París. Desde sus muros los habitantes vieron como los hunos se cerraban sobre su ciudad. La fe religiosa "obró milagros", frente a la superstición. Se había hecho correr la voz de que habría aparecido Santa Genoveva anunciando que la ciudad no sería tomada. Las gentes se aprestaron a la defensa con decisión, y los mogoles que tenían otros planes, se alejaron por el momento, atravesaron el Sena frente a Nogent, se apoderaron de Troyes y se volvieron contra Sens, para colocarse al fin frente a Orleans, que la custodiaban los alanos a sueldo de Roma. A pesar de que su lealtad era dudosa, los ciudadanos optaron por defenderse mientras llegaban auxilios prometidos por los romanos, de quienes se habían solicitado socorros. Los hunos estrecharon el cerco y luego abrieron una brecha por la cual penetraron al recinto de la ciudad. En momentos que se entregaban al pillaje y al saqueo, en la distancia se escucharon los sonidos de las trompetas del ejército de Aecio. Sin que se haya logrado nunca saber lo que realmente ocurrió aquel día, entre los invasores cundió un tremendo pánico que ni la presencia misma de Atila logró superar. Hunos y aliados se dieron a la fuga y abandonaron la ciudad a los imperiales. Aecio, interesado en ahorrar energías y economizar vidas romanas, se abstuvo de perseguir al adversario, que ya reorganizados sus efectivos, se situó en Chalons a la espera de una batalla decisiva.

Muy cerca de esta ciudad se extendían las dilatadas Llanuras Catalánicas. Aquel día

memorable el sol se había escondido tras una espesa bruma que arrastraba sus brazos húmedos por la llanura. A las diez aproximadamente el sol comenzó a salir por entre las nubes. Una pequeña eminencia se alzaba en mitad de la llanura. De vez en cuando los rayos solares arrancaban destellos a los cascos, a las espadas y a las corazas.

El ejército romano, llegado al atardecer de Orleans, tomó sus disposiciones: el centro ocupaban los alanos al mando de Sangibán, bien rodeados por las legiones que no se fiaban de ellos, dada su reconocida versatilidad; en el ala derecha el Rey Teodorico comandaba a los visigodos; en el ala izquierda Aecio, atento a las disposiciones del enemigo y rodeado de algunos oficiales, tenía a su cuidado las legiones romanas, cerca a los francos de Meroveo. De pronto, todo el ejército romano se movió lentamente en procura del enemigo. Los hunos y sus aliados, habían desplegado su frente, teniendo a la espalda las interminables filas de sus carretas con sus mujeres y sus hijos. Guardaba completa inmovilidad porque no se aventuraban a combatir con el sol de frente. De vez en cuando pequeños grupos de jinetes se desprendían del núcleo principal, impacientes por llegar a las manos, pero retornaban con la misma presteza a las voces de sus oficiales. Atila se sostuvo a la expectativa mientras el sol iba corriéndose lentamente a su espalda. A las tres sus hombres ya pudieron mirar de cara al enemigo. De pronto se impartieron breves órdenes que estremeron las filas, escuadrón por escuadrón. Luego se escuchó un grito prolongado, rítmico. La tierra vibró como un inmenso tambor. Una multitud aulladora avanzó al galope blandiendo sus arcos y sus hachas. Los romanos ya habían conformado sus murallas humanas. En un instante los broqueles se erizaron de flechas. Los venablos rasgaron el aire con cien mil líneas paralelas. Después vino el cuerpo a cuerpo. Atila había reunido sus mejores tropas en el centro y con ellas golpeó tratando de dividir en dos a los

imperiales, pero los alanos, protegidos sus alas, resistieron bravamente el ataque y no cedieron terreno. Los visigodos atacaban valientemente por el ala izquierda. Ambos adversarios combatieron con valor salvaje. Atila con la decisión de arrollar a los imperiales y cerrarlos por todas partes. Aecio siente que la suerte de occidente está en sus manos. Los soldados latinos y francos, espantados por la fealdad de sus contrincantes se batían decididos, a sabiendas que para ellos no hay cuartel. Soldado que cae muere en seguida y nadie piensa en hacer prisioneros. Las flechas de hueso se mellan contra los cascos. Los lazos y las lanzas no se pueden emplear en esta baránda. Lentamente, la muralla romana avanza. El ejército visigodo ha perdido a su Rey Teodorico, pero su hijo Thorismondo toma el mando y ataca al enemigo por su flanco izquierdo. Igual movimiento realiza Meroveo con sus francos por el ala derecha. Aun cuando la noche comienza a caer se sigue combatiendo casi sin ver al enemigo, cuando Atila comprende que no puede romper la muralla imperial, da la orden de replegarse a sus huestes.

Trescientos mil cadáveres cubren la llanura y entre un montón de muertos hallan por fin sus hombres el cuerpo de su Rey Teodorico. A las lamentaciones que llenan el campo romano, Atila mandó responder con gritos de triunfo durante toda la noche los cantos guerreros, el golpear de los tambores y el aullido agudo de las flautas asombran a Aecio. Sólo a la media noche se silencia el estruendo, cuando algunos exploradores de Atila le comunicaron que habían visto llevar el cadáver de Teodorico y no el de Aecio.

En la llanura grupos de jinetes galopan aún buscando su campo. Se percibe el canto fúnebre de los visigodos. Su Rey yace sobre un enorme broquel que se sostiene sobre lanzas. A su alrededor arden centenares de antorchas. Atila regresa después de haber echado una ojeada sobre el campo, y dialoga con los oficiales. Como siempre él lleva la voz cantante. Les notifica que se

debe esperar el día para apreciar las pérdidas de los imperiales.

Parapetados detrás de las carretas los hunos pasan la noche esperando ser atacados. Pero al amanecer le informan a Atila que los francos y visigodos han abandonado el campo, donde continúan las legiones romanas esperando el asalto.

No se atreven a atacarse ambos bandos, porque la terrible jornada había agotado sus energías. Cuando el sol comenzó a mostrarse, Atila ordenó introducir sus tesoros a las carretas e iniciar la partida hacia sus tierras, de regreso a Etzelburg. Aecio, sentado a la puerta de su tienda, los vio emprender la marcha sin tratar de atacarlos. Los vio, hasta cuando desaparecieron en el horizonte las últimas carretas.

Esta gran batalla, indecisa, pero terriblemente sangrienta, había demostrado dos cosas: tanto Atila como Aecio desconfiaban de sus aliados; no estaban seguros de que ellos quisieran reemprender las acciones.

Cuando la horda estuvo de regreso en el Danubio para invernar, Atila después de las experiencias recibidas, concibió el plan de modificar sus futuras operaciones, transformando el armamento y los métodos de combate. Estaba comenzando a considerar que su estrategia hasta el encuentro de Chalons había sido anacrónica y apta sólo para combatir a las poblaciones asiáticas y a los débiles reinos europeos. Realizó que para vencer a Roma habría de cambiar los hábitos de su raza y suprimir las costumbres nómadas. Un reino, a su modo de ver, no se forja sobre carretas, sino sobre basamentos de metal y de piedra. Para comenzar, su capital tendría que ser una ciudad arraigada en el suelo y no inestable y flotante. En su fuero interno debió comenzar a admirar a su mortal enemigo.

Con oficiales, tráfugas del ejército romano, los hunos comenzaron a fabricar cascos y corazas. Las espesas pieles fueron reemplazadas por casacas de cuero,

combinadas con placas metálicas. Sus hombres fueron obligados a permanecer menos tiempo a caballo, para ejercitarse en maniobra a pie, protegidos con escudos. Se ordenó derribar árboles, para construir pesadas máquinas, erizadas de vigas y de cuerdas, torpes como enormes bestias. Ya no se conforma a reinar como un jefe bárbaro sobre una horda nómada. Quiere un estado poderoso y ordenado, tal como el imperio de los hunos lo fue antiguamente, hacia muchos siglos.

Habría que oponer la técnica a la fuerza. Puesto que el jinete horrible, blandiendo "al azote de Dios", no había triunfado de Roma, le mostraría otro rostro: el del soldado invulnerable en su caparazón de hierro, el del combatiente mecánico, que mediante un juego de cuerdas y de vigas destruye a la distancia escuadrones enteros.

El destino que había protegido al mundo latino, no permitiría que acabase sus preparativos. Había sabido por sus servicios de espionaje que los generales Marciano y Aecio, pactaron la formación de un frente común para atacarlo, una vez madurados sus preparativos. También se enteró de que la corte bizantina fomentaba en el Asia y en Africa un bloque de naciones que uniría a los partos y otros pueblos de jinetes, para cogerlo entre dos fuegos. Bien sabía él de su poder de intriga, que no vaciló un momento ni se detuvo ante el asesinato para eliminarlo de la escena política. Recordaba también, que mientras pudo convenir a sus planes, alimentaron en él la posibilidad de desposarse con la hija del emperador. Esa corte entre europea y oriental entrañaba grandes peligros.

La oportuna advertencia lo obligó a precipitar sus planes. Su única alternativa era la de atacar primero al enemigo, antes de que éste concluyese sus planes y cerrara la trampa que venía madurando en la sombra. Cálculo que cesando de su proverbial audacia, podría vencer repentinamente a Roma y luego volverse contra Constantinopla. Después, no sería empresa difícil ate-

rrorizar a los partos. Aun cuando ya no confiaba mucho en sus aliados, todavía contaba con fuertes contingentes germanos y eslavos que le acompañarían en su empresa.

El camino más corto para caer sobre Roma sería el de atravesar Hiria y Panonia; alcanzar Venecia y de allí descender hacia Italia. Los Alpes no constituirían mayor obstáculo al llegar el próximo verano. Desfilaría luego por la gran ruta romana, las mismas etapas de las antiguas legiones. Como los romanos no estaban aún preparados, el puesto del "Río Frío" no sería difícil de tomar. Aquileya, por fortificada que estuviese, no sería obstáculo para sus nuevas máquinas de guerra.

Reunió a los jefes de la horda y de sus aliados; les expuso su plan; ordenó prepararlo todo para la expedición a fin de partir de inmediato, para aplicar su llave maestra: la sorpresa.

Este programa se cumplió a la perfección y se halló con sus tropas frente a Aquileya. Sus máquinas comenzaron abatir las defensas, los muros y las puertas, sin dar respiro a sus hombres ni al adversario. Los catapultas lanzaban bloques de rocas; los arietes de cabezas de bronce empujaban sin descanso y sus carpinteros preparaban altas torres rodantes para dominar las defensas de la ciudad. Sus soldados cavaron fosos, plantando puntos de hierro y venablos y construyeron declives cubiertos de césped. Su malicia oriental le aconsejó estudiar cuidadosamente los hábitos de los vigías, para lanzar las flechas con terrible precisión.

Pero Aquileya pese a sus titánicos esfuerzos, seguía resistiendo, acostumbrada y enseñada a sus largos sitios de que había sido objeto, por ser el bastión romano contra los germanos del danubio. Sus hombres se impacientaban y el mismo aprecio que se rebajaba la moral y que comenzaban a escasear las provisiones, en medio de un calor tórrido y constante.

El destino que le había acompañado desde la iniciación de la campaña en Italia, voló en su ayuda por medio de una cigüeña. Un día, sabedor desde niño, que los animales poseen sentidos que no tienen los hombres, vio que una cigüeña volaba empujando a sus hijos, para escapar de la ciudad sitiada y alejar a su prole del peligro. Este fue cómo un presagio que obró en su mente supersticiosa. Ordenó entonces a su ejército lanzarse todo al asalto. Seguramente el cansancio de los defensores y la confianza en sus muros, facilitó sus planes. La ciudad orgullosa, que había resistido largas semanas, fue quebrantada por hambres de asaltantes, que aniquilaron hasta el último de sus habitantes. Después del exterminio y saqueo continuó su avance arrollador. A su paso escapaban los venecianos, paduanos y todos los pueblos que cubrían su ruta.

El ejército Huno comenzó a estar escaso de provisiones y de pastos, pero nadie se atrevió a detenerlo. El general Aecio, que ante las asechanzas de la corte se había marginado a sus propiedades, resolvió deponer sus amarguras y rencores para retornar al ejército y salvar a Roma. Como medida de previsión agrupó las tropas disponibles a las orillas del Po, para enfrentarse a los invasores. Confiaba que el calor y la escasez de provisiones harían mella en la moral de los hunos y reducirían su empuje, mientras establecía contacto con las huestes del emperador Marciano.

El emperador Valentiniano, sus ministros, consejeros y cortesanos, siempre opuestos a sus iniciativas, optaron por una solución desconcertante como fue la de recurrir a los buenos oficios del Papa, para que implorara la piedad de Atila, que en esos momentos descansaba en Mantua para dar un respiro a sus hombres.

Valentiniano, que desconfiaba de su general Aecio no se dignó enterarlo del plan y éste que marchaba hacia Roma a participarle su plan de operaciones, hubo de pasar por la afrenta de enterarse por sus propios ojos del paso que se había adop-

tado ante el Papa. Asombrado contempló en el camino que llevaba a Roma el avance de un extraño cortejo: "Sacerdotes vestidos con sus casullas, llevando cruces, banderas e incensarios, que entonaban cánticos religiosos", en su solemne marcha. "El oro de las custodias y de las dalmáticas resplandecía bajo el fuerte sol". Luego pasaron monjes vestidos con sayales y obispos con mitras. A continuación el Papa a caballo, acompañado de dos patricios... por último, desfiló una multitud de diáconos, de niños de coros y de cantores".

Cuando los vigías informaron a Atila que hacía el campamento avanzaba un ejército cuyos resplandores metálicos brillaban por entre las nubes de polvo, este lanzó un grito de alegría, pues pensaba que las huestes romanas iban a su encuentro para ahorrarle incertidumbre y penalidades de marcha. Impartió órdenes para prepararse al combate. En contados instantes el ejército de los hunos, dispuesto en orden de batalla, avanzó hacia el mincio. Pero uno de los exploradores al efectuar un reconocimiento, le trajo, desconcertado, la más extraña noticia de lo que había visto con sus propios ojos. Atila ordenó detenerse a su ejército y seguido de unos cuantos oficiales galopó hacia el río. Cuando observó la orilla opuesta, y no daba crédito a lo que allí se sucedía. "El viento agitaba suavemente las banderas pontificias; las cruces oscilaban en el extremo de las largas astas y el humo del incienso se elevaba lentamente hacia el cielo azul. Obispos recamados de oro y monjes oscuros y negros rodeaban al hombre blanco, detrás del cual se movían inmensos abanicos de nubes plumas. "Lanzando su caballo a las aguas, Atila avanzó por la corriente, se detuvo frente al anciano y le gritó, ¿quién eres? León, le respondió una suave voz, y todos los acompañantes dejaron de cantar".

"Un León de blanca melena, un viejo león majestuoso y temible—murmuró Edición"— que había seguido a su jefe. Del grupo de prelados avanzó el Papa y se detuvo ante el

huno. Entonces, éste recordó con cierto temor supersticioso, lo que había hecho retroceder ante troyes, cuando el sacerdote lobo, le había rogado que respetase la ciudad.

Nadie sabría jamás lo que unos y otros se dijeron en aquel gran momento. Cuando terminó el diálogo, Atila se alejó del anciano, *atravesó el río y regresó al campamento*, en silencio, rodeado de los suyos. Poco después su ejército dio media vuelta, *enfiló hacia el norte, tomó el camino que en el pasado recorrieran las viejas legiones y se perdió en la distancia.*

Para evadir un encuentro con el ejército del emperador Marciano que se adelantaba rumbo a Panonia para cumplir la cita concertada con las tropas que comandaba el general Aécio, torció hacia bohemnia, para descender en dirección al Danubió, a su regreso, echó de ver con cierta nostalgia, que ya era demasiado tarde para volver a empezar. Sin embargo, no ignoró por un momento la posibilidad de emprender una nueva expedición. Es posible que ya no estuviera tan seguro del éxito. En su mente lúcida y veloz albergaba ya la duda de que en sus adversarios de Roma y Constantinopla albergaba un poder de otra naturaleza, una fuerza interior que él había visto irradiar del viejo inofensivo, cuyas súplicas le habían impulsado a detenerse y a perdonar a Roma. No sería acaso mejor combatir, en otro frente? Su poder se mantenía intacto y seguía confiando en la confianza ciega de sus hombres. Pero, con el ánimo de reafirmar su terrible autoridad, castigó con su habitual energía a duros jefes germanos que habían osado discutir su autoridad, ordenando su ejecución pública. La hija de uno de ellos, Ildico, joven de sin igual belleza, infundió en él cuando imploraba su perdón, una desbordante pasión, pese a sus sesenta años. No quiso acceder a sus súplicas, pero notificó a sus jefes, que iba a tomar a la sin par Ildico en matrimonio.

A la ceremonia nupcial concurrieron la nobleza y la oficialidad de germanos, eslavos, galos, francos, independientes y asiá-

ticos. "La llanura se vio colmada de una inmensa concentración de carretas y de interminable multitud de guerreros que portaban los presentes acostumbrados: hermosos caballos; leche de yegua en vasos de madera; joyas de oro y de jade; telas de púrpura; tapices; sedas bordadas y monturas rutilantes de piedras preciosas. Un príncipe asiático le obsequió vasos de bronce, ornados de signos misteriosos, extrañas pinturas y estatuillas de marfil. Tanto se bebió, que Atila lo hizo vaciando una copa por cada uno de los jefes que se hallaban agrupados a su alrededor. Los malabaristas lucieron su destreza con bolos y puñales. Desfilaron, entre gritos de sorpresa, animales desconocidos y monstruosos".

Cuando cayó la noche, Atila, mientras sus invitados continuaban apurando sus jarrós, condujo a su esposa a la cámara nupcial. Allí maravillado de su blancura nórdica y del brillo de sus cabellos rubios, la desvistió violentamente y se acostó a su lado.

Una vez que los convidados se dieron cuenta de que ya estaba avanzado el nuevo día, y que Atila no aparecía en público, golpearon largo rato a la puerta de su alcoba, infructuosamente. Aconsejados entonces por sus jefes de mayor confianza, forjaron la puerta y vieron que Atila se hallaba tendido de bruces, desnudo y con los brazos en cruz. La piel blanca del lecho estaba impregnada de sangre, que había escapado a torrentes de la boca de Atila. Su cuerpo no presentaba herida alguna. En un ángulo de la habitación, Ildico, envuelta en velos, que cubrían su rostro y su cuerpo, temblaba presa de pánico.

Al amanecer del siguiente día los jinetes recorrieron con grandes gritos la ciudad de las carretas, lanzándose al galope, tendiendo sus arcos hacia el cielo y haciendo girar las hachas y silvar los lazos. Sus flechas se cruzaban por sobre la tienda real, los notables hunos y los que habían sido elegidos para acompañar a Atila en el largo viaje permanecieron solos alrededor de la tienda real. Cuando llegó la noche, los ofi-

ciales cavaron una amplia fosa en la cual depositaron el cadáver del rey y sus tesoros. A continuación amontonaron tierra hasta formar un túmulo. Los jinetes que habían solicitado el honor de seguir al Jefe al más allá, dieron al galope por última vez, la vuelta al túmulo. "Después fueron degollados, se mató sus caballos y se les puso de pie, entre estacas alrededor de la tumba. Sentados en sus monturas, sosteniendo en las manos el arco y el carcaj, formaban un círculo de figuras terribles, cuyos rostros miraban a todos los puntos del horizonte, a

todos los países del mundo que Atila quería conquistar".

Mientras el cuerpo de Atila se descomponía lentamente bajo los tesoros de Europa y Asia, las ciudades destruidas volvieron a ser reedificadas. La hierba que no debía crecer más dio nuevas cosechas. Un halo de temor rodeó el recuerdo de este hombre terrible. La leyenda de los nibelungos se adentraría en el tiempo, con la música inmortal de Ricardo Wagner, impregnada de emoción dramática, espléndida y llena de calor y poesía.
